

Biografía – Alberto Zerain

Nombre: Alberto Zerain Berasategi
Lugar de nacimiento: Vitoria-Gasteiz 20 de agosto de 1961
Ocupación: Transportista
Aficiones: Montañismo, deportes al aire libre, cocina...

De pequeño me llamó mucho la atención un paseo que hicimos los compañeros de colegio andando desde Vitoria hasta las cuevas de los Goros, desde el pueblo de Hueto Arriba. Me marcó lo que hoy día puede parecer un paseo simple al campo que en cualquier momento puede realizarse. El bosque por donde continuamos la caminata debió sufrir al principio con nuestros berridos y escandalosas maneras. Sin embargo, a medida que nos adentrábamos en él y escuchábamos atentos las historias del profesor oriundo de los Huetos, el bosque nos fue acallando hasta hacernos desconocidos a nosotros mismos. Bastaron algunas historias de jabalíes, lobos y otras fieras, para acabar moviéndonos casi de puntillas, conscientes como éramos, de que las reglas de juego en estos lugares eran evidentemente, otras. El profesor siguió contando cómo los lugareños, hartos de los festines que se pegaban los lobos a cuenta de su ganado, emprendían batidas para reducir la población de bichos salvajes que vivían a cuenta de su esfuerzo. Para dar más suspense a las historias, el profesor respetaba los silencios para poder sentir mejor los murmullos del bosque. Era evidente que el cansancio también ayudaba a estar formales y atentos escuchando al profesor.

Cuando parecía que el camino se acababa y que se hacía de noche al quedar ocultos entre la frondosidad del bosque, nos topamos de frente con las cuevas de los Goros. Aquí aprovechamos para sacar de la mochila nuestros bocadillos y una vez recuperadas las fuerzas comenzamos a alborotarnos de nuevo corriendo por las terrazas y soportales de las cuevas, mientras rozábamos inocentemente los abismos que todo lo rodeaban, y poníamos a prueba el

corazón del profesor, Alberto Samaniego. Algunos inocentes se introdujeron por una de las entradas de la cueva y sin darse cuenta fueron tragados por las tinieblas. Gracias al mechero con el que el profe encendía sus habanos volvieron sobre sus pasos calmados como nunca. Después, una tormenta se desató y esperamos al reguardo de la cueva a que cesara y cuando la paciencia se nos agotó emprendimos el viaje de vuelta a toda prisa.

Calados hasta los huesos entramos en la cantina del bar de Hueto y en la entrada vimos la gigantesca piel de jabalí que decoraba toda la pared del bar. Samaniego tuvo que sacarnos bebidas calientes y rebañar bien los bolsillos para pagar la cuenta de todos. Con la mala uva que gastaba este profesor en el colegio y lo dado a los coscorriones y otras ingratas maneras, durante este día fue otra persona, llena de amabilidad y entusiasmo. Estaba claro que las excursiones y los paseos por la montaña cambiaban a la gente. De nuevo, volví a escuchar más historias que en este pueblo, situado en las laderas de la sierra de Badaya, eran el pan de cada día. A partir de esta excursión por el bosque de la sierra de Badaya, comprendí que la vida era más interesante de lo que imaginaba y que cerca de casa se escondía el misterio y las sorpresas abundaban.

Cuatro años después de aquel descubrimiento, con dieciséis años, volví de nuevo a los Goros para acampar y, junto con unos amigos entrar en la cueva y recorrerla durante unas horas, dejando atrás varias simas que rapelamos y que me hicieron vivir las primeras emociones en el mundo vertical.

Faltó tiempo para hacerme socio del grupo espeleológico Manuel Iradier y seguir descubriendo nuevas sensaciones en los diferentes lugares cercanos a Vitoria. Era curioso cómo nos tomábamos la vida entonces. Como a las cuevas no hace falta entrar de día, solíamos aprovechar a ir algo de parranda por los pueblos cercanos y a media noche como sombras sin dueño nos colábamos por las rendijas de las cuevas. Una vez, en la cueva del embalse del Gorbea, antes de entrar nos amaneció y nos sentimos como pillados "in fraganti". Las fiestas de Gopegi, parece que fueron muy alegres aquella noche.

Tras un par de años en los que practiqué esta afición de manera continuada, di el salto a la escalada y comencé a viajar por lugares donde se escondían los retos que más me atraían. De las escuelas de escaladas en donde me curtía a base de padecer las inclemencias del novato, pasé a ser asiduo visitante de los Pirineos. Y como los ojos miraban ya más a los lejos, pronto monté junto a mi grupo de amigos en un tren para pasar treinta días en los Alpes. Sólo de pronunciar ese nombre se me ponía la carne de gallina. Y no era para menos. El material cutre que tenía para lo que pretendía escalar allí, hacía escabellada cualquier idea que tuviera. Cuando me metí en el corredor de "los Suizos", los crampones se me soltaron un par de veces en los peores sitios y las botas que llevaba de cuero eran muy blandas, por lo que las uñas se empleaban a fondo contra la bota y después contra el hielo. En un mes logré realizar ocho ascensiones y eso que más de la mitad del tiempo estuvo lloviendo.

En Chamonix "disfrutábamos" sobremanera los días lluviosos en nuestro "hotel": estábamos acampados de furtivos entre unos matorrales cercanos al teleférico. Como no teníamos apenas dinero, nos permitíamos pagar un "cafeolé" para aguantar el tiempo suficiente hasta que nos echaban de nuevo a la calle.

De nuevo, la lectura de libros con fotografías de paisajes que ni en los mejores sueños, así como escuchar de viva voz a gente que contaba aventuras y experiencias que no parecían de este planeta y, cómo no, mis ojos que seguían apuntando lejos, sedientos de paisajes y nuevos horizontes, hicieron que el verano de 1983 viajara a los Andes de Perú. A partir de este viaje creí que había encontrado el paraíso, razón por la que necesitaba vivir en un sitio como Huaraz o cualquier pueblo cercano, puesto que me permitía disfrutar de las vistas a la cadena de nevados a la sierra y en definitiva, a la vida.

Era lógico que esta felicidad que me acompañaba, no fuera eterna puesto que faltaba algo esencial en la vida: de qué poder vivir en un lugar como Huaraz y sin capital alguno para emprender algún negocio o idea. Además la situación política en esos años era patética. Para colmo, el cólera acabó por derrumbar

cualquier esperanza de trabajar con el turismo, idea que estaba barajando en esos momentos.

Este fue un buen momento para asentar la cabeza y comenzar con otras responsabilidades de las que ya uno difícilmente puede apearse: los hijos, la familia, el trabajo y todo lo que alrededor de estos pilares va creciendo de manera sorprendente. Sin embargo, esos ojos que quedaban cautivados por lejanos lugares, aún conservaban el brillo de la mirada en donde se escondía, el desafío. Otra vez me visitó la misma voz que hablaba de otras montañas y de viajes, esta vez en el Himalaya: el Everest.

En Lima conocí a Patricia Prevost -Pati-, con la que poco después me uní en matrimonio y si ya de por sí el país me atraía, a partir de entonces me sentí como uno más del lugar. Nunca me había imaginado que pudiera disfrutar en una ciudad tan enorme y variopinta en todos los sentidos. Incluso me acostumbré a los típicos temblores que suelen darse cuando menos te lo esperas.

En una ocasión, estando con Pati y su familia sentado en salón de la casa por unos segundos se masticó un sospechoso silencio, después unos ladridos de muchos perros hicieron saltar a mi suegro Ismael del asiento hacia las escaleras, era el aviso de lo que venía. Parecía que por el subsuelo pasaba un metro que iba haciendo el hueco a su paso. Me quedé sentado sin reaccionar hasta que Pati me gritó y salí corriendo tras ella. Al intentar subir las escaleras es cuando vi lo difícil que era subir por ellas en movimiento como estaban. Al final comprendí que había que quedarse bajo el arco de la casa para protegerse. Después de ver con qué fenómenos naturales habituales deben convivir los peruanos, el respeto hacia ellos ha aumentado. De ahí será que viven la vida con ese humor característico del que sabe sacarle el jugo al presente más inmediato.